

## **Osama Bin Laden, El banquero del terror**

**Walter Goobar**  
**Editorial Sudamericana**

### CAPITULO CUATRO

#### KABUL 1: EL REINO DE LAS TOYOTAS

En enero de 1996, el huésped saudita estaba creando demasiados problemas a Sudán y su líder espiritual, el clérigo Hassan Al-Turabi, se ocupó de conseguirle un nuevo refugio. "Tengo que vivir en un país musulmán, de modo que las opciones son Yemen o Afganistán", le había dicho Bin Laden. El clérigo se comunicó entonces con el embajador sudanés en Afganistán, Atiya Badawi que, en esos momentos, residía en Peshawar. Badawi -que había aprendido el idioma pashtun mientras combatía a los soviéticos- no tuvo dificultades en convencer a los tres máximos comandantes que combatían en la zona de Jalalabad de que la presencia de un millonario saudita les podría resultar beneficiosa. Los tres comandantes -que ahora están muertos- volaron a Jartúm para pedirle a Bin Laden que retornara al país de la Jihad.

En mayo de 1996, el gobierno de Sudán cedió a las presiones de los Estados Unidos y de Arabia Saudita y le ordenó a Bin Laden que dejara el país. El saudita, por ese entonces con 39 años, escogió entre varios pasaportes diplomáticos con nombre falso -uno sudanés, uno libanés y otro, de un país europeo, y contrató dos aviones militares Hércules C-130 para transportar parte de sus riquezas, y a tres de sus cuatro esposas y media docena de hijos. Seis horas demoró el vuelo a Jalalabad, en el que lo acompañaban también más de un centenar de sus combatientes más fieles. Mientras tanto, entre dos y seis mil hombres que estaban en Sudán comenzaron a dispersarse en Europa y en el Este de Africa.

Pero cuando los Hércules de Osama aterrizaron en la ciudad de Jalalabad, los tres comandantes que habían viajado a Sudán para concretar el operativo retorno habían sido destituidos y Bin Laden cayó en la cuenta de que necesitaba congraciarse con el nuevo régimen.

--"Fue igual que mandar a Lenin a Rusia", afirma hoy un diplomático norteamericano, citado por The New Yorker. "Al menos en Sudán podíamos monitorear indirectamente algunas de sus actividades.1 Hassan al-Turabi, el líder religioso sudanés que sigue siendo íntimo amigo de Bin Laden, describió el fenómeno de esta manera: "Ellos (los líderes norteamericanos) han convertido a Osama Bin Laden en un campeón, en un símbolo del Islam para todos los jóvenes en el mundo musulmán. Aunque consigan atraparlo y matarlo, no harán más que generar miles de Bin Laden, miles de ellos".

Lo cierto es que cuando Osama llegó a Afganistán se encontró con que el gobierno que había asumido el poder después de la partida soviética estaba cercado por un grupo de estudiantes del Corán conocidos como los Talibán (estudiantes). Su líder, el jeque Omar, había recibido una esquirla soviética en la cara y para que no se le infectara el ojo dañado se lo arrancó de la órbita refregando el despojo sanguinolento contra una pared de adobe que ahora se veneraba.

Aunque hasta ese momento Osama tenía sus fichas puestas en el primer ministro Gulbuddin Hekmatyar, rápidamente descubrió que la nueva regla básica para sobrevivir en Afganistán consistía en no caerle mal al tuerto Omar, el jefe supremo de los taliban. Aldeano, ignorante y sin visión política desde antes de quedarse tuerto del ojo derecho, Omar reza por las tardes y dedica unas horas de la mañana a gobernar. Su portavoz y ojo derecho, en sentido figurado, habla como una prótesis: "Aceptamos la opinión del emir aunque nadie más la comparta".

El liderazgo de Omar se había iniciado en la primavera de 1996 en la misma Kandahar, la segunda ciudad del país en la que se habían congregado cientos de "mulás" afganos que trataban de debatir el futuro de la guerra civil.

Kabul estaba sometida a un asedio que duraba ya diez meses y parecía no tener fin, y los líderes espirituales consideraban la conveniencia de proseguir el conflicto o negociar con el gobierno establecido en la capital. Cuenta el periodista paquistaní Ahmed Rashid en su libro Los Talibán que, en medio de los interminables debates y "a fin de allanar diferencias, el núcleo que rodeaba al 'mulá' Omar, lo propuso como 'amir-ul momineen' o Príncipe de los Creyentes", un título que automáticamente lo convirtió en el dirigente indiscutido de la Jihad y en emir de Afganistán.

La confirmación de este nombramiento llegó el 4 de abril de 1996, cuando Omar apareció ante la multitud sobre el tejado de un edificio, en el centro de la ciudad, envuelto en el manto de Mahoma que los Talibán habían sacado del santuario que lo custodiaba. El manto sólo se había exhibido en contadas ocasiones, como cuando el rey Amanulá intentó reunir a las tribus, en 1929, y cuando una epidemia de cólera asoló la ciudad, en 1935.

Omar, que en ese momento tenía su cuartel general en Kandahar, le ordenó al mullá Mohamed Rabbani, alcalde de Kabul, que recibiera a Osama Bin Laden para comprobar si realmente era tan fiel como sus subordinados proclamaban. La reunión fue cauta pero amigable: Bin Laden habló primero. Ignorando sus diferencias doctrinarias, elogió los logros de la milicia y le ofreció su apoyo moral y financiero incondicional. Complacido y halagado, Rabbani le ofreció la protección del régimen. Todos se fueron sonriendo.

Osama no tuvo que esforzarse demasiado para complacer a Omar. Los dos hombres compartían la visión del mundo y tenían

necesidades que se complementaban: Bin Laden necesitaba refugio, y los Talibán necesitaban dinero. Bin Laden le adelantó al Príncipe de los Creyentes tres millones de dólares para la causa, y con ese dinero los Talibán pudieron capturar la estratégica ciudad de Jalalabad, en septiembre de 1996. Diez días después, los Talibán tomaban Kabul, la capital afgana.

"Aquí había, aquí había", era la expresión nostálgica utilizada por los habitantes de Kabul para describir su ciudad. De lo que fue la avenida Jada-i-Maiwand, conocida como los Campos Eliseos, y de otras céntricas avenidas, solo quedaron ruinas, kilómetros y kilómetros de esqueletos calcinados. Afganistán es un país sin acceso al mar, pero con una posición estratégica envidiada por sus vecinos. Situado al noroeste de Asia, tiene largas fronteras con Irán, Pakistán y las ex repúblicas soviéticas de Tadjiquistán, Uzbequistán y Turkmenistán. Un pequeño corredor de 100 kilómetros le permite acceder a China. Afganistán siempre fue un testigo privilegiado del conflicto eterno entre Paquistán e India.

Lo que no consiguieron las hordas de Gengis Khan, los zares rusos, los colonialistas británicos o los imperialistas soviéticos lo lograron los propios afganos: destruir el país a tal punto que nadie fuera capaz de reconstruirlo. Las consecuencias de las guerras fueron espeluznantes: casi dos millones de muertos, más de un tercio de los afganos refugiados en los países vecinos, el 50 por ciento de las aldeas, donde vivía el 80 por ciento de la población, arrasadas. Procesiones de mutilados. Ciento sesenta y cuatro niños de cada mil moría antes de cumplir el primer año, mientras la esperanza de vida no alcanzaba los 45 años. Hoy esas cifras no se han modificado demasiado.

En la base de una vieja garita de tránsito que dominaba la plaza Ariana de Kabul, una mano anónima había escrito una amenaza fulminante con el pulso seguro de los que, además de dominar el sutil arte de la caligrafía, están acostumbrados a disparar cohetes y sembrar minas: "En este lugar se colgaron los cuerpos de Najibulla y su hermano. Que los que pasen por aquí miren bien, porque este es el destino que les espera a los criminales. 29-9-94". El jefe Talibán que escribió aquella advertencia pública aún visible se equivocó la fecha: fue el 27 de septiembre cuando los Talibán -que recién tomaban Kabul-, colgaron al ex presidente comunista y su hermano. Desde 1992, junto a otros dos asesores, Najibulla y su hermano vivían refugiados en la sede de Naciones Unidas en Kabul. Pero el refugio se convirtió en una trampa la noche de la entrada de los Talibán en la capital: los funcionarios de la ONU los abandonaron a su suerte. Poco después los Talibán los ejecutaron en sus habitaciones, los arrastraron por la calle con una camioneta Toyota y después de llenarles la boca con billetes afganos, los colgaron de la garita de tránsito.

"Los abandonaron, eso está clarísimo. De hecho, la ONU, tres semanas antes, intuyendo lo que iba a pasar, le pidió al Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) que los pusiera a salvo. A ellos.

Querían sacarse de encima el problema. El CICR se negó. Era asunto de la ONU. Entonces volvieron a pedir banderas de la Cruz Roja para ponerlas en la sede de la ONU. Tampóco se las dieron. La ONU se quería desentender y la Cruz Roja no podía aceptar involucrarse". Lo cuenta un funcionario que ocupó -y ocupa- un alto cargo en la estructura de la organización humanitaria en Kabul, pidiendo que se reserve su identidad.

¿1996? ¿1994? El que escribió la fecha podría haber puesto 1920, 1930, y así hasta retroceder a la Edad Media y la época de las incursiones de los bárbaros por las mesetas de Asia, porque esas escenas de orgullo, fanatismo y miseria son las mismas que periódicamente se repiten en la historia de Afganistan. Cuando los vencedores de las batallas tribales celebraban la victoria colgaban los cadáveres de los jefes enemigos en los lugares de más tránsito. La ejecución de Najibulla quería escarmentar a los "pecadores" del régimen derrotado, dondequiera que se escondiesen, pero también sirvió de punto de partida para institucionalizar el morbo convirtiendo la muerte en espectáculo gratuito. Más tarde vinieron las ejecuciones en los estadios de fútbol.

En el parque de Zarnegar, en el travesaño de lo que en otros tiempos era una hamaca había tres sogas azules para colgar a quienes violaran los preceptos de la ley islámica: beber alcohol diciendo que no iba en contra del islám o probar el adulterio.

¿Era Dios el que les daba las fuerzas?. El mullá Amir Khan Mutagi era uno de los seis clérigos que integraban el Consejo de Gobierno Provisional, y el ministro de Información, Cultura y Educación. Desde la ventanilla de una Toyota 4x4, el mullá Amir recordaba a los periodistas extranjeros cuáles eran las reglas de juego: "No se puede hacer fotos de seres humanos, va contra nuestra religión, aunque sí de los edificios." Además, estaba prohibido hablar de asuntos políticos con la población, y no había que confundir la opinión de los mujaidines con la política oficial del Gobierno.

A diferencia de Irán donde la implantación de la Ley islámica se vivió como revolución popular, en Kabul la liturgia de los Talibán se percibió como una nueva invasión de guerreros-santos revestidos de balas y fusiles que se paseaban en sus camionetas a toda velocidad, como los "señores de la guerra" somalies. Su aspecto era temible.

Pero, de cerca, se podía descubrir que detrás de las barbas y los turbantes sólo había muchachos semianalfabetos que habían aprendido el Corán de memoria y se habían embarcado en la aventura Talibán. En su personalidad se mezclaban el candor de los seminaristas reprimidos y la rudeza de los pastores que, además, sabían disparar ametralladoras y cargar morteros.

Las madrazas o escuelas coránicas fueron los semilleros de dónde los fundamentalistas afganos nutrieron sus filas de ideólogos, jueces islámicos, clérigos y milicianos dispuestos a dar la vida por un modelo del Islam propio de los tiempos de Mahoma.

"Estuve memorizando el sagrado Coran durante seis años con la ayuda de dos profesores y muchísimas dificultades, hasta que lo metí entero en mi cabeza. Si se sientan a escucharme se lo puedo recitar de principio a fin. Tardo 15 horas", dice un seminarista de Akhora Jatak que alcanzó el título de qarhi, es decir, "el que sabe el Corán de memoria". En esa madraza ubicada en el camino entre Islamabad y Peshawar, en Paquistán se formó el 80 por ciento de los dirigentes Talibán durante los 17 años de guerra.<sup>2</sup>

Los niños recitan en voz alta el Coran. Leen los versos en sus libros y luego ponen los ojos en blanco para no perderse una coma, cabeceando en sus sillas rotas para seguir el ritmo de la melodía. Memorizan y memorizan, sin que nadie les explique lo que están aprendiendo. A fuerza de repetir, las ideas se instalan en sus cerebros. "Estos niños ya son Talibán -buscadores de la verdad- desde el momento en que están aprendiendo el Coran", explica un profesor. No fue el Islám ni tampoco el Corán, sino un código cerrado que dió sentido a su miseria terrible, lo que convirtió a los Talibán en los ejecutores de una sociedad anclada en el fanatismo. Se trata de una vieja y dolorosa ecuación que rige la tres cuartas partes del mundo: la miseria sumada a la injusticia, sumada a la ignorancia da por resultado misticismo, locura y fanatismo redentor.

"Toyota es bueno para la jihad", era la única broma que se permitían hacer los hombres de Bin Laden. Una docena de esas camionetas japonesas habían conducido a Osama, una fría noche de otoño, al encuentro con el jeque Omar, en una casa amurallada en un suburbio de Kabul que aún conservaba bolsas de arena amontonadas frente a cada casa y esquirlas de metralla como único adorno sobre las paredes. Corría el mes de octubre de 1996 y Osama Bin Laden estaba por primera vez en Kabul. Sería también su primer encuentro con los Talibán, la milicia islámica que había capturado la ciudad un mes antes.

Alto, de buena complexión, barba larga y negra, la cabeza cubierta por un turbante también negro, a Bin Laden lo impresionó el jeque Omar, sobre todo por su seco sentido del humor y su tono sarcástico. Ese carismático personaje que no llegaba a los 40 años, que nunca se había dejado fotografiar y que había perdido un ojo al estallarle un cohete de mortero en 1989, llevaba levemente ladeada la cabeza para compensar su visión molecular. El gesto le recordó enseguida a otro personaje, también tuerto: Mohamed Bin Laden, ese padre carismático y exitoso a quien tampoco se había atrevido a contrariar. Omar no era el único tuerto: el ministro de justicia, Nuruddin Turabi y el ex ministro Mohanimed Ghaus también son tuertos. El alcalde de Kabul, Abdul Majid, tiene una sola pierna y le faltan dos dedos. Otros dirigentes, incluso jefes militares, presentan incapacidades físicas similares y pueden jactarse de ser los más lisiados del mundo. Sus heridas de guerra reflejan el sangriento y brutal estilo bélico que se empleó en Afganistán en la década de los ochenta. Sin embargo ellos

lo han continuado; siguen con el ojo por ojo y diente por diente. Hasta que todos queden tuertos y desdentados.

## KABUL 2: LA CORONACION DEL TUERTO

La odisea de los Talibán, sus apoyos internacionales y las condiciones que permitieron a una banda de adolescentes fanatizados hacerse con el control de la capital y la mayoría de las provincias de Afganistán es digna de una novela de espías. Desde que ocuparon Kabul sin disparar un tiro, los Talibán sumergieron al millón de habitantes de la capital afgana en sistema medieval y desquiciado que aplicaban desde mucho antes en las tres cuartas partes del país bajo su control. El movimiento de los Talibán nació en Paquistán, en los desolados campamentos de la franja fronteriza donde se apiñaban desde la invasión soviética cientos de miles de refugiados afganos. La mayor parte de los muchachos, que unieron entusiasmados a las patrullas de la Policía Islámica o coreaban versículos del Profeta en las ejecuciones, no fueron ajenos a la guerra. Muchos hicieron sus primeras armas peleando en la jihad -la guerra santa- contra el Ejército Rojo llegado en 1979 para apuntalar el régimen comunista. Los Talibán habían aparecido en el escenario bélico afgano recién en 1994, cuando se apoderaron de la ciudad de Kandahar. Teledirigidos por el servicio secreto paquistaní, financiados por Arabia Saudita, impulsados por la fe en Alá y bendecidos por la CIA norteamericana, en sólo dos años los Talibán -que originalmente eran simples estudiantes de teología- se convirtieron en un ejército dotado de material moderno. Su objetivo: poner fin a las sangrientas peleas entre las cinco facciones de mujaidines que se disputaban el poder desde la marcha de los soviéticos y pretendían instalar en Afganistán el estado islámico más puro del universo. Al principio, eran visceralmente contrarios a los señores de la guerra y repudiaban a los cultivadores de opio que han hecho de la zona la principal fuente de heroína del mundo, pero la Guerra Santa cuesta dinero. Los aviones cargados de armamento llegaban de Arabia Saudita con pertrechos norteamericanos y con fondos que permitieron comprar alianzas y corromper comandantes de facciones rivales.

Si en 1994 Arabia Saudita le había quitado la ciudadanía a Bin Laden, en 1996 inexplicablemente, la familia real lo invitó a retornar, ofreciendo restituirle los bienes confiscados a cambio de que jurara fidelidad al rey Fahd. Osama rechazó la oferta.

"Estados Unidos repitió en Afganistán la fórmula utilizada por la petrolera Aramco en Arabia Saudita en los años treinta: fundamentalismo islámico, tribus y petróleo. Lo único que faltó es una ceremonia de coronación del tuerto Omar", dice el especialista en el avispero afgano, Oliver Roy.

La vida en Kabul, la capital afgana, se fue convirtiendo en una continua prohibición. Las primeras en padecerlo fueron las mujeres, que fueron obligadas a cargar sobre su piel el símbolo de la ley tálib

("tálib" es el singular de "Talibán"): el burka, la prenda que las cubría de pies a la cabeza. La confección de otro tipo de ropa femenina fue prohibida, y al empresario que osara desafiar la ley le esperaba la cárcel.

Las mujeres con lentes y asma se quejaban porque el burka les impedía ver y respirar adecuadamente, y los médicos alertaron sobre el aumento de las enfermedades oculares y los accidentes de tránsito. Pero nada consiguió conmover a los Talibán.

En la calle las mujeres parecían fantasmas azotados por el viento seco de la meseta afgana. "Me miraba al espejo y no me reconocía. Ni siquiera los empleados sabían quien era cuando llegué así al trabajo el primer día", cuenta Jarmina. A sus 36 años, el velo la había hecho cumplir por lo menos diez años más. Terminó de envejecer cuando le prohibieron trabajar.

Progresivamente, las mujeres perdieron el derecho de hablar en público; de caminar por la calle sin acompañantes; de trabajar fuera de sus casas; de asistir a la escuela y a la universidad, y de acceder a los hospitales en igualdad de condiciones que los hombres. Estas dos últimas prohibiciones fueron avaladas por la ONU que firmaron un memorándum de colaboración con los Talibán afganos en el que se otorgaba a los hombres la prioridad para estudiar y recibir cuidados médicos.

Los Talibán fueron enormemente prolijos en regular todo lo que atentara contra su concepto del bien. Para erradicar la música prohibieron incluso la venta de cassettes, pero -desafiándolas prohibiciones- en el mercado negro se siguieron vendiendo cassettes de músicos indios. Lo que desapareció totalmente fueron los vídeos musicales.

Las leyes de los Talibán asociaban las imágenes de seres vivos, incluso las fotografías con la idolatría, y fueron tan perseguidas que podía acarrear el cierre de un comercio si las exhibía en una vidriera. El régimen de los Talibán lanzó su cruzada contra la televisión en cuanto logró el control del país, pero el ingenio de los afganos consiguió alargar su ocaso: la veían en secreto, empleando ruedas de bicicleta, ventiladores eléctricos y utensilios caseros para construir antenas que les permitieran recibir las ondas de los países vecinos. Llevaba año y medio prohibida, viviendo en la clandestinidad, hasta que en 1998 fue condenada a muerte: todo televisor existente en el país debía ser destruido en un plazo de dos semanas. Y con ellos, los vídeos y las antenas parabólicas.

El mercado negro también contribuyó. Cientos de comerciantes seguían importando clandestinamente antenas de televisión de los países del golfo Pérsico, que algunos adictos a la pantalla escondían en los tanques de agua.

La idea de erradicar la televisión provino del Ministerio para la Promoción de la Virtud y la Supresión del Vicio, y la puso en práctica su brazo ejecutor: la policía religiosa. Ambos trabajaban codo a codo desde que los Talibán se hicieron con el poder de Afganistán en

septiembre de 1996, después de dos años de guerra civil. Su principal encargo era modelar la actitud y las costumbres de su pueblo de acuerdo con la interpretación que hacían del Corán: "Las películas y la música conducen a la corrupción moral", razonaba el locutor de La Voz de la Sharia (ley islámica), la radio de los Talibán. Los intereses geopolíticos en la región permiten entender lo que a primera vista resulta una terrible paradoja. ¿Cómo es posible que Paquistán -dirigido por una mujer, Benazir Bhutto- y que Estados Unidos -la quintaesencia del occidentalismo y de la supuesta defensa de los derechos humanos- hayan financiado y apoyado a un movimiento que secuestró y esclavizó a las mujeres convirtiéndolas en fantasmas, y que se proclama fanático e intransigente hasta el paroxismo. La respuesta parece evidente: Washington e Islamabad tenían intereses convergentes en la región.

Así como la India, Rusia e Irán manifestaron sus reticencias frente a los Talibán, Estados Unidos y Paquistán vieron en ellos el instrumento idóneo para estabilizar la zona. Nadie ponía en duda que se trataba de fanáticos islámicos, pero como devotos seguidores de la línea más ortodoxa del sunismo eran irreconciliables con los chiítas de Irán. Violentos hasta decir basta, se especuló con que podían unificar el país y someter al resto de las milicias, lo que iba a permitir abrir la ruta para el comercio y el petróleo. Actuaban con absoluta intolerancia pero, en opinión de los expertos de la CIA, no eran anti-occidentales sino anti-modernos: que azotaran a las mujeres en Kabul o amputaran manos en Kandahar no era algo grave visto desde un mullido despacho y a 15.000 kilómetros de distancia.

Garantizada la protección de los Talibán, Osama pudo comenzar la fase final y más delicada de su proyecto. Todavía no había volado las embajadas norteamericanas, ni atacado el destructor USS Cole. Sólo contaba en su haber con un atentado contra las Torres Gemelas, que se saldó con 13 muertos y pérdidas millonarias. Pero ahora tenía las manos libres para encarar la construcción de la organización terrorista más eficiente del mundo.

La Guerra Santa contra los rusos le había dado confianza en sí mismo, contactos en el mundo islámico y un regusto por la fama y el poder. Su autoridad moral había crecido al enfrentar a la monarquía saudita y al exiliarse. En Sudán había comenzado un trabajo más serio en la construcción de Al Qaeda -un paraguas global que reunía a los grupos fundamentalistas dedicados a combatir a los regímenes del Medio Oriente que han traicionado al Islam. Pero en términos de su capacidad militar y concepción estratégica, el grupo de Bin Laden aún era débil. En Afganistán fue apareciendo la solución. Había retornado a un país que estaba inmerso en el caos y la anarquía. Había miles de combatientes hospedados en las viejas bases militares: algunos de ellos, eran financiados por los servicios secretos paquistaníes, que los utilizaban para combatir contra India en Kashmir; otros recibían apoyo de grupos islámicos en distintas partes del mundo. En esos campamentos los voluntarios que habían combatido para los Taliban



recibían entrenamiento en guerra de guerrilla. Osama se dio cuenta que su primer problema había quedado resuelto inmediatamente: había heredado un ejército. En menos de un año lo iba a convertir en un cuerpo de élite, un equivalente de las Fuerzas Especiales, pero dedicado al terrorismo.<sup>3</sup>

Uno de los promisorios reclutas se llamaba Mohamed al Owhali. Convocado por Bin Laden, recibió entrenamiento en explosivos, secuestro y técnicas de espionaje. Aún era un desconocido, pero con el tiempo su nombre quedaría asociado a la voladura de la embajada estadounidense en Nairobi. Pocos meses después, en pleno corazón de Londres, otros afiliados a La Base abrían sin contratiempos una flamante oficina, a cuya cabeza se puso Kalid Al Fawaz, un amigo de Mohamed.<sup>4</sup>

En Afganistán, Osama se rodeó de decenas de hombres dispuestos a ayudarlo, pero hubo dos egipcios ejercieron una influencia decisiva en la conformación del Estado Mayor de Al Qaeda;

"El ideólogo": el doctor Ayman Al-Zawahiri, un cirujano de 37 años que en 1973 había fundado la Jihad Islámica egipcia –la misma que ocho años más tarde iba a asesinar al presidente egipcio Anwar Sadat, es el cerebro detrás de Al Qaeda. El doctor Al-Zawahiri que, en otros tiempos, había dirigido una clínica floreciente en un barrio caiota de gente adinerada, tenía mucho en común con Bin Laden: los dos eran ricos; los dos venían de familias famosas en sus países de origen; los dos habían sido educados en colegios de élite. Pero Al-Zawahiri fue quien introdujo a Bin Laden en los conceptos de la guerra global. Al-Zawahiri es cuatro años mayor que Bin Laden, y tiene una mayor experiencia de combates. También tiene un mayor conocimiento de la ley islámica que Bin Laden.

--"Al-Zawahiri es a Bin Laden lo que el cerebro es al cuerpo", dice ahora Muntasir Zayyat, un abogado que defendió a Al-Zawahiri cuando fue acusado de terrorismo en Egipto, en 1999, durante el juicio militar que terminó condenándolo –en ausencia- a muerte. "Al-Zawahiri fue capaz de moldear el pensamiento y la mentalidad de Bin Laden y hacer que dejara de ser un simple seguidor de la Jihad afgana para convertirse en un creyente y exportador de la ideología de la Jihad", explica Zayyat al influyente periódico Al Sharq al Awsat, que se publica en Londres

"El comandante": otra persona clave en el nuevo entorno de Bin Laden fue Mohamed Atef, otro egipcio que había desertado de la policía en los '80 para combatir a los rusos en Afganistán. Allí conoció a Bin Laden y lo siguió primero a Arabia Saudita y luego a Sudán. Atef lo asesoró sobre el arte de la guerra y los requerimientos de la logística militar. Atef integraba todos los comités militares de Al Qaeda y tenía la responsabilidad general de supervisar el entrenamiento de los miembros de la organización.

Su lealtad, su sangre fría y su capacidad para diseñar grandes ataques militares pronto lo convirtieron en una pieza insustituible para Al Qaeda. Violento y con escasa cultura en contraste con el

médico Al-Zawahiri y el ingeniero Bin Laden, su odio contra Estados Unidos superaba incluso al de su jefe. Su ascenso en el organigrama de Al Qaeda fue cimentado con sangre y cuerpos norteamericanos. La Administración de Washington le atribuye el derribamiento de dos helicópteros Black Hawk estadounidenses en Somalia y el diseño y la coordinación de los atentados contra las embajadas norteamericanas de Kenia y Tanzania en 1998. Según The Sunday Times, las pruebas presentadas por ESTADOS UNIDOS a sus aliados en la coalición antiterrorista revelan que fue Atef el cerebro de los atentados en Nueva York y Washington.

Además de su relación profesional, Mohamed Atef unió su destino con el de Osama bin Laden siguiendo las costumbres tribales del país que los hospedaba. En enero de 2001, su hija se casó con un hijo de Bin Laden, en una ceremonia celebrada en Kandahar, capital espiritual de los talibán en Afganistán. La boda fue transmitida por la cadena de televisión Al -Jazira

del emirato de Qatar y ofreció a la CIA, el FBI, la Casa Blanca y el Pentágono una ocasión única para eliminar a toda la cúpula de La Base. Por razones políticas, Washington renunció a volatilar con misiles la ceremonia a la que asistían Bin Laden, el doctor Al-Zawahiri y muchos otros. Nunca se arrepentirán bastante.

Sin embargo, Atef fue el primer líder de la cúpula de Al Qaeda abatido por fuerzas de la coalición occidental. A mediados de noviembre de 2001, cuando los talibán y sus aliados paquistaníes, chechenos, argelinos y árabes se retiraron de la capital que cayó en manos de la Alianza del Norte Atef se sumó a los que escapaban. Todo indica que después de la caída de Kabul, Atef fue cazado por los norteamericanos, cuando intentaba llegar a Kandahar.

"El jefe de operaciones": Abu Zubaydah nació en Arabia Saudita en 1973, y representa a la nueva generación de terroristas que rodea a Bin Laden. Es quien aprueba o rechaza a los nuevos reclutas en los campos de entrenamiento.<sup>5</sup>

Por consejo de sus lugartenientes egipcios, sintiéndose amenazado Bin Laden decidió a mediados de 1996, mudar su cartel general a Tora Bora, una antigua base guerrillera ubicada en las montañas al sur de Jalalabad. Los asesores egipcios le sugirieron que la mejor defensa era el ataque y después de dos meses en Tora Bora, Bin Laden publicó un artículo de 12 páginas repleto de referencias históricas y del Corán, prometiendo acciones violentas contra los norteamericanos si no se retiraban de Arabia Saudita. Allí mencionaba -por primera vez- el problema palestino y la ocupación israelí del sur del Líbano, lo que demuestra la influencia de sus lugartenientes egipcios. El texto, difundido el 23 de agosto de 1996, contenía una crítica radical del régimen saudita que forma parte de la "alianza entre los Cruzados y los sionistas" y agitaba las reivindicaciones de los "grandes comerciantes" locales oprimidos por la dinastía, la clase social a la que justamente pertenece Bin Laden.

Elaine Landau Osama Bin Laden: El terrorismo del siglo XXI. (Ed.

Planeta). Un mes antes, en julio de 1996, había concedido una entrevista al periodista británico Robert Fisk: "El hombre culpable sólo es feliz si recibe su castigo", le había anticipado.<sup>6</sup>

En junio de 1996, se producen una serie de atentados contra la guardia nacional en Riad y contra las fuerzas de Estados Unidos estacionadas en las Torres de Khobar, en Arabia Saudita. Osama bin Laden lanza llamamientos a la Jihad para liberar los lugares santos del país.<sup>7</sup>

Los cálculos de Bin Laden tienen un tono siniestro. "Si estalló un kilo de TNT en un país en el que nadie había oído una explosión desde hacía cien años, no hay duda de que el estallido de 2.500 kilos de TNT en Khobar es una prueba de la resistencia del pueblo ante la ocupación americana", le dijo a Fisk, refiriéndose a los atentados que dejaron un saldo de 24 muertos y que obligaron a las tropas estadounidenses a vivir en carpas como los beduinos. Paradojas del destino: la empresa de los Bin Laden cobró 50 millones de dólares al gobierno saudita para reconstruir las Torres que Osama demolió.

En 1997, en ocasión de otra entrevista, esta vez en uno de sus campamentos guerrilleros, ubicado en una muy elevada zona montañosa-, Robert Fisk se encontró con un Bin Laden más reconcentrado: "Entró de golpe a mi carpa y se sentó a mi lado, al tiempo que limpiaba los dientes con un palillo de madera de miswak, una costumbre que tiene durante la mayoría de sus conversaciones. Escuchó en silencio cada una de mis preguntas y se tomó un tiempo para responderlas. En la montaña, el 20 de marzo de 1997, ofrecía todavía una imagen de humildad. Tenía apenas 41 años, pero algunas canas comenzaban a aparecer en su barba groseramente cortada, y tenía ojeras. Noté que una de sus piernas estaba rígida, lo que lo hacía renguear ligeramente", cuenta el periodista británico. Reflexivo y modesto, Bin Laden aparecía ya obsesionado por la idea de destruir a los regímenes proestadounidenses de Medio Oriente y soñaba con transformar a los Estados Unidos en "la sombra de sí mismos".<sup>8</sup>

En esa época Bin Laden compró cuatro misiles Stinger que habían sido provistos por la CIA a los afganos, y los contrabandea a Arabia Saudita. Los servicios sauditas descubrieron el arsenal y exigieron a Kabul que los Taliban entregaran a Osama. Para garantizar su seguridad, los Taliban decidieron mudarlo. Una vieja base militar soviética, cerca del aeropuerto de Kandahar, se convirtió en su nuevo hogar. Su relación con los Talibán se iba cimentando: les compró armas y las camionetas Toyotas artilladas en las que se desplazaban, les edificó mezquitas, y hasta ayudó a construir una nueva residencia para su yerno, el mullah Omar.

Bajo la tutela de Al-Zawahiri, Bin Laden comenzó a trabajar para internacionalizar su causa. A fines de 1997 emprendió la tarea de unificar al movimiento islámico bajo el paraguas de al-Qaeda. No escatimó recursos: usaba su dinero, su carisma y su reputación para atraer a los líderes del mundo islámico. En febrero de 1998 se sintió lo suficientemente fuerte para emitir una "fatwa" (condena a

muerte), en nombre de Frente Mundial para la Jihad, contra los judíos y los Cruzados. Llevaba su firma, la de Al-Zawahiri y las de los líderes islámicos de Paquistán y Bangladesh.<sup>9</sup>

"Bin Laden caminó hacia mí y agachó su cabeza para entrar a una choza rectangular que había sido puesta ahí especialmente para nuestra reunión. Uno de sus ayudantes detuvo la balacera moviendo una mano de la misma forma que un maestro de ceremonias acallaría la ovación del público. Aparte de su estatura, lo primero que me impresionó de Bin Laden fue su voz: era suave y levemente aguda, algo rasposa, lo que la hacía sonar como la un tío anciano dando consejos", cuenta el periodista John Miller de la cadena ABC que lo entrevistó en mayo de 1988.

Bin Laden se instaló en una habitación rectangular y larga con paredes de arcilla pintadas de blanco. Una vez sentado, apoyó su arma contra la pared que tenía a sus espaldas. Veinte guardaespaldas se alinearon en las bancas que estaban a cada lado de la habitación, agachándose, tratando a escuchar cualquier cosa que tuviera que decir. Bin Laden usaba una campera militar verde oliva, sin insignia. Sobre la campera tenía un chal dorado, y bajo ella tenía los tradicionales ropajes musulmanes.

Bin Laden se había comprometido a contestar todas las preguntas de Miller, pero que las respuestas no serían traducidas en simultáneo.

"Si no me traducen las respuestas en el momento, ¿cómo espera que repregunte?", interrogó Miller.

"Ah, eso no será problema", le respondieron. "No habrá repreguntas". Miller le preguntó por qué un hombre rico, proveniente de una familia poderosa, había ido a Afganistán a vivir en trincheras y luchar contra los invasores rusos.

"Es difícil de entender si no se entiende el Islam", dijo Osama.

Bin Laden nunca sube la voz, y escuchar sus palabras sin traducción le hizo imaginar a Miller que estaba hablando de algo que no le importaba demasiado. Indiferente. Sin sonreír. Continuó, mirando sus manos como si estuviera leyendo notas invisibles.

"Estamos seguros de que nuestra victoria contra los americanos y los judíos será tal como la promete el Profeta: el Día del Juicio no llegará hasta que los musulmanes luchen contra los judíos, donde los judíos se esconderán tras árboles y rocas, y los árboles y las rocas hablarán y dirán, musulmán, detrás de mí hay un judío. Ven y mátalos".

Su técnica para dar entrevistas era formidable. Aparte de la ventaja de no permitir traducción simultánea, la manera en que Bin Laden se enfrentaba a las preguntas podría haber sido enseñada por un consejero de relaciones públicas norteamericano: Primero, mandá el mensaje. Luego, si querés, respondé la pregunta.

Cuenta Miller que mientras Osama Bin Laden lo miraba a los ojos cuando le advirtió que "ustedes -los americanos-, saldrán del Medio Oriente en ataúdes- y el periodista -que no tenía traducción simultánea-, asentía con la cabeza como si fuera un imbécil. En su críptico lenguaje, Osama le estaba anticipándolos atentados contra

las embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania que se producirían escasos tres meses después de ese encuentro. "Y mi palabra para los periodistas americanos", dijo Bin Laden-, "es no preguntar porque hicimos lo que hicimos, sino que pregunten qué ha hecho su gobierno que nos obligó a defendernos". Sus últimas palabras a la cámara fueron, "Es nuestra tarea dirigir a la gente hacia la luz".<sup>10</sup>

#### NAIROBI: VIAJE A LA MUERTE

A las 11 de la mañana del 7 de agosto de 1998, Mohamed al Owhali, de 21 años, dejó una grabación despidiéndose de su familia y se encomendó a Alá. Hacía dos años que no se comunicaba con sus padres y aprovechó para decirles que los amaba. El y otro saudita habían recibido instrucciones para conducir un camión cargado con explosivos y estrellarlo contra la embajada estadounidense en Nairobi. Iba a morir en el atentado, pero su recompensa sería vivir eternamente en el paraíso y ver de cerca el rostro de Alá.

El plan, según le había comunicado el responsable del grupo, era volar simultáneamente las embajadas de ESTADOS UNIDOS en Kenia y en Tanzania.

Mohamed subió a un camión Toyota cargado con 250 kilos de TNT, y ocupó el asiento de acompañante. Al volante iba Azam, también saudita. Debajo del tablero estaba el botón de ignición que dos semanas antes había instalado uno de los expertos de Bin Laden. El explosivo iba en la caja. La misión de Mohamed era forzar, pistola en mano, la barrera del estacionamiento, pero en el último segundo se arrepintió, dio media vuelta y comenzó a correr.

Azam, al verse solo, no dudó. Pulsó el detonador y se volatilizó, dejando 213 muertos, 4 mil heridos y varios edificios convertidos en escombros. A esa misma hora explotaba otra bomba en la embajada de los Estados Unidos en la capital de Tanzania, dejando un saldo de 11 muertos.

Cuando fue capturado, Mohamed estaba bañado en sangre y tenía un juego de llaves del Toyota en el bolsillo. En mayo de 2000, un tribunal situado a escasos metros de las Torres Gemelas lo condenó a cadena perpetua.<sup>11</sup>

A raíz de estos atentados, Bin Laden obtuvo la fama que había buscado: los estadounidenses y la revista Time lo bautizaron "el padrino del terrorismo internacional". El gobierno norteamericano ofreció una recompensa de cinco millones de dólares por su cabeza, lo que debe haber resultado un monto insultante para un millonario como él.

Pese a la fama, y según los testimonios de algunos desertores, la vida cotidiana de Bin Laden era un reflejo de su riguroso entorno. Se levantaba cuando el reloj Timex que llevaba en su muñeca derecha marca las cinco de la mañana. Después se limpiaba los dientes con un palillo de madera, el miswak de los nómadas del desierto y, a continuación, rezaba para recibir la fuerza que destruyera a sus

enemigos. En esos instantes se emocionaba y quienes lo han visto aseguran las lágrimas le rodaban por las mejillas. Era el llanto de un hombre que odiaba con una pasión rotunda.

Después de las oraciones matinales estudiaba el Corán durante algunas horas. Desayunaba dátiles, yogurt, pan afgano y té negro, y almorzaba y cenaba también en forma espartana. Su rutina estaba condicionada por las medidas de seguridad. En lugar de usar los teléfonos satelitales -porque temía que los norteamericanos utilizaran la señal para localizarlo - Bin Laden dictaba mensajes a un ayudante que luego los retransmitía telefónicamente desde alguna otra ubicación.

En Jalalabad Osama vivía en un cuartel subterráneo que constaba de tres habitaciones horadadas en la roca. La más importante era el centro de control y comunicaciones. En la segunda habitación había un pequeño arsenal para la defensa de la cueva, que incluía fusiles de asalto, ametralladoras y morteros. La tercera habitación era la vivienda privada de Bin Laden. Allí había una gran biblioteca con clásicos islámicos y tres camas incómodas, con cobertores de lana y colchonetas. Durante el día, las camas eran colocadas contra las paredes. En aquel tiempo Bin Laden tenía tres esposas; la mayor era madre de su hijo Omar, un joven de 16 años muy inteligente, y la menor todavía una adolescente. Todos vivían con él, al igual que las esposas e hijos de otros mujaidin, en un complejo ubicado en las afueras de Jalalabad.

En esos tiempos, en que Al Qaeda tenía ya medio centenar de bases en todo el país, Osama era custodiado por una guardia de hierro conformada principalmente por árabes que estaban bajo las órdenes de Saifu al-Hasnain, un egipcio de 35 años.

A las nueve de la noche del 20 de agosto de 1998, diez días después de los dos atentados en África en que habían muerto 224 personas, sonó el teléfono en la corresponsalía del diario paquistaní The News, en la ciudad de Peshawar. El periodista Rahimullah Yusufzai, atendió la llamada. El ruido no le dejaba oír con claridad la voz en el otro extremo de la línea. Era el doctor Ayman Al-Zawahiri, llamando por un teléfono satelital desde un refugio secreto en Afganistán. Dijo que a su lado estaba Osama Bin Laden y leyó un comunicado en inglés: "Osama Bin Laden llama a todos los musulmanes a continuar la Jihad contra los judíos y los americanos para liberar los lugares sagrados. El niega toda participación en los atentados."

Una hora después de la llamada se desencadenó una lluvia de 75 misiles Tomahawk sobre seis campos de entrenamiento de Al Qaeda ubicados en las rugosas montañas afganas. Por lo menos tres de esos seis campos habían sido diseñados por la CIA y el ISI para Osama. Pero Bin Laden, Al-Zawahiri y Atef ya no estaban allí. Otros misiles demolieron una fábrica de aspirinas en Sudán. A la mañana siguiente Al-Zawahiri llamó nuevamente: "La guerra recién comienza", le dijo al periodista. "Dígale a los americanos que deberían esperar nuestra respuesta".

El bombardeo le sirvió al presidente Bill Clinton para tapar dos escandalosas relaciones extramatrimoniales que habían llegado a su fin: una, con la becaria Monica Lewinsky, y otra con los extremistas islámicos con quienes Washington había coqueteado y mantenido relaciones promiscuas durante toda una década. Bin Laden sacó doble partido del ataque: se ganó fama de invulnerable y le revendió los misiles Tomahawk que no habían explotado a China por diez millones de dólares.<sup>12</sup>

El bombardeo fue como apagar un incendio con nafta: el mundo musulmán explotaba de indignación y Osama Bin Laden se catapultaba al escenario global.

## REFERENCIAS